



ROMANCE TRAGICO

# DE FRANCISCO DIAZ.

*Refiérense los heróicos hechos y grandes hazañas de este valeroso é intrépido mancebo, natural de Jerez de la Frontera; y como estando para robar la ermita de la sagrada Virgen de Guadetoca, se le apareció nuestra Señora en traje de pastora y le reprendió su mala vida, por cuyo medió logró su conversion y un buen fin; con lo demas que verá el curioso lector.*



## PRIMERA PARTE.

Escucha, Agustín Florencio,  
con atención sosegada:  
pues me han dicho de tu vida  
las soberbias arrogancias,

te contaré de la mia,  
por haber sido arrestada,  
para que de mi valor  
se publiquen las hazañas.

En Jerez de la Frontera,  
 ínclita ciudad de España,  
 nací para ser asombro  
 de toda aquesta comarca.  
 Francisco Diaz me llamo,  
 pero en lo comun me aclaman  
 Oliveros, por ser yo  
 qual Oliveros de España.  
 Criéme con gran soberbia,  
 tanto que todos temblaban  
 solo con nombrarme á mí,  
 porque á todos maltrataba.  
 A los quince años que tuve,  
 con dos muchachos estaba  
 en una huerta jugando,  
 y empezamos á pedradas;  
 pero arrimándome yo,  
 á uno le dí una pedrada  
 que le deshice el sentido,  
 y sacando una navaja,  
 la cabeza le corté  
 y la colgué de una rama;  
 el otro se escapó huyendo,  
 que si no, tambien llevara.  
 Viendo mi padre el delito,  
 me retiró de mi casa,  
 al puerto me pasó entonces,  
 y luego al punto me embarca.  
 Pasé á la ciudad de Cádiz,  
 y en ella me paseaba.  
 A un montañés, en la pila  
 que está en medio de la plaza,  
 porque le pedí enfadado  
 me diese un vaso de agua  
 y me la negó, en la boca  
 le dí tan gran bofetada,  
 que le derribé las muelas,  
 en cuya ocasion me agarran  
 dos ministros por detrás,  
 á la cárcel me llevaban

y un capitan me quitó;  
 mas despues que suelto estaba,  
 con un rejon á un ministro  
 lo partí por las espaldas.  
 Me metí en San Juan de Dios,  
 donde estuve una semana:  
 pasé desde allí á Sanlúcar,  
 y despues volví á mi casa,  
 y teniendo veinte años,  
 dispuse de tomar plaza,  
 porque mi estrella me dicta  
 que le sirva al Rey de España.  
 A Portugal dí la vuelta,  
 hice la primer campaña;  
 de mi valor y mi esfuerzo  
 dando pruebas señaladas.  
 Luego me pasé á Valencia,  
 sirviendo á nuestro Monarca,  
 donde me encontré contigo  
 en la batalla de Almansa,  
 en la cual se definió  
 el derecho con las armas.  
 Bien sabes de que reñimos,  
 siendo una dama la causa,  
 que en público galanteo  
 cada cual solicitaba.  
 Luego quedamos amigos,  
 porque nuestros camaradas  
 hicieron las amistades,  
 quedando entonces tan alta  
 nuestra amistad, que pasamos,  
 dando triunfo á nuestra fama,  
 al campo de Zaragoza,  
 en donde sentamos plaza  
 de Migueletes, por ser  
 insigne nuestra arrogancia.  
 Luego despues los dos juntos  
 hicimos la retirada  
 á los montes de Alventosa,  
 y allá en la sierra de Espada,

nos mantuvimos un año  
 con vida tan desatada,  
 que hicimos mas de cien muertes,  
 forzamos treinta casadas,  
 con otras tantas doncellas,  
 con lo demas que se calla.  
 Ya enfadados de esta vida,  
 de estos delitos y causas,  
 nos pasamos á Teruel,  
 donde con dos camaradas  
 encontramos, y al instante  
 vinieron en mi compañía.  
 Al Corregidor un dia,  
 solo por una palabra,  
 le sacudí, bien lo sabes,  
 con una escopeta larga,  
 y al punto nos retiramos  
 otra vez á la montaña.  
 Una noche que el silencio  
 á todos lugar les daba,  
 vinieron con treinta hombres,  
 y quitándonos las armas,  
 llevándonos á Teruel,  
 en la cárcel nos encajan;  
 y al cabo de algunos dias,  
 prevenidos de una escala,  
 de la cárcel nos salimos  
 con presteza acelerada,  
 y por ciertas diferencias  
 deshicimos la compañía.  
 Pasaste á la Andalucía,  
 y yo en Valencia quedaba,  
 donde otra vez me prendieron  
 por una pequeña causa.  
 Su excelencia el General,  
 viendo que no declaraba  
 delitos algunos graves,  
 dispuso que me soltaran.  
 Pasé á la ciudad de Murcia,  
 y estando un dia en la plaza,

un golilla desatento  
 le dió una cruel bofetada  
 á una muger, y yo entonces  
 arrancando una mojarra,  
 lo agarré por los gañotes,  
 y le dí dos puñaladas.  
 Desde alli pasé á Jaen,  
 en donde por otra dama  
 dí la muerte á un capitán  
 porque la galanteaba.  
 En Granada á un alguacil  
 le quité tambien la vara,  
 en un zaguan lo metí,  
 y le dí dos mil patadas.  
 En Antequera á un bizarro  
 le quité tambien la tapa  
 de los sesos, porque quiso  
 conmigo arrancar su espada;  
 á Málaga pasé entonces,  
 y un dia en las tarazanas  
 un gancho se arrimó á mí  
 queriendo sentára plaza,  
 mas yo con un rejonazo  
 hícele que se mudára.  
 En Córdoba á un Veinticuatro,  
 que por junto á mí pasaba,  
 y no me quité el sombrero,  
 mandó que me lo quitára;  
 lo agarré por los cabellos  
 y lo zambullí en el agua.  
 En Ronda un señor ministro,  
 pasando yo por la plaza,  
 sobre quererme prender,  
 le dí tan fuerte estocada,  
 que redondo vino al suelo,  
 sin decir Jesus me valga.  
 Pasé á Tarifa, y sabiendo  
 que un sugeto que estimaba,  
 sobre cierta diferencia  
 que tuvo por una carga

de tabaco y de cacao,  
 que á Málaga la llevaba,  
 preso estaba por mandado  
 de la justicia ordinaria.  
 Fui á media noche á la cárcel,  
 y con la voz demudada  
 dije que al Corregidor  
 abrieran, porque esperaba.  
 Supliquéle al carcelero,  
 que las llaves me entregára,  
 ó que me diese á mi amigo,  
 y que si se dilatava  
 lo haria dos mil pedazos  
 al incendio de dos balas;  
 pero cortesauamente,  
 mas de fuerza que de gana,  
 abrió un mustio calabozo,  
 y sacándolo á la cuadra,  
 los grillos y la cadena  
 le quitó con vigilancia;  
 pero al salir por la puerta,  
 la justicia que llegaba,  
 y preguntando quién va?  
 fue la respuesta algo estraña,  
 que al que preguntó, le dí,  
 para que no preguntára,  
 en la cara un sepan cuantos,  
 que se la dejé cruzada.  
 Los ministros nos rodean,  
 pero abriendo con dos balas  
 una puerta, nos salimos,  
 sin que alguno lo estorbára;  
 fuimos á tomar sagrado,  
 y antes que rompiera el alva  
 salimos de la ciudad,  
 y en una quinta cercana  
 estuvimos, y á la noche  
 entré en Tarifa, y fui á casa  
 del Corregidor, y apenas  
 llegué ya lo hallé en la cama.

Escusáronle con esto,  
 y yo con mucha arrogancia  
 porfiando en que saliera,  
 conseguí al fin mi demanda.  
 Le supliqué que me diese  
 el caballo con la carga:  
 y habiéndolo conseguido,  
 aun hice que me ayudára.  
 Fui y se la entregué á mi amigo  
 que de contento lloraba,  
 por ver su pobreza ya  
 de entre gatos rescatada.  
 Despedíme, y fuese al punto,  
 y yo tomando la marcha,  
 entré en la villa de Olvera,  
 y á un hornero, con la pala  
 con que sacan pan del horno,  
 porque me echó una arrogancia,  
 le dí entre oreja y oreja,  
 que lo dejé en la estacada.  
 De Olvera salí al instante,  
 llegué á Jerez que es mi patria,  
 hallé difunto á mi padre,  
 supe que mi madre estaba  
 en la gran ciudad de Cádiz;  
 pasé al instante á buscarla,  
 llegué á Cádiz y la hallé  
 muger mayor y postrada.  
 Busqué modo de vivir  
 para haber de alimentarla,  
 y por estar mas seguro,  
 quise otra vez tomar plaza;  
 y en este tiempo una orden  
 del gran Felipe de España  
 mandó que mi regimiento  
 al sitio de Ceuta vaya.  
 Embarquéme muy contento,  
 por saber que en Ceuta estabas:  
 y ahora, amigo Florenció,  
 que estamos en esta plaza,

temidos de toda Ceuta,  
 las fronteras africanas  
 hemos de asombrar nosotros,  
 al valor de nuestras armas.

Y aqui el humilde poeta  
 al noble auditorio encarga,  
 que oiga la segunda parte,  
 y en esta supla las faltas.

## SEGUNDA PARTE.

Supuesto, noble auditorio,  
 que dije en la primer plana,  
 que en esta remataria  
 lo que en la otra faltaba,  
 ya es fuerza que mi discurso  
 esplique lo que ahora falta.  
 El año de setecientos  
 y diez por cuenta ajustada,  
 Francisco Diaz salió  
 con bizarría estremada  
 de la gran plaza de Ceuta  
 en un barco que pasaba  
 para la ciudad de Cádiz,  
 y así que llegó á la playa,  
 buscó al punto compañeros,  
 para que le acompañaran.  
 Hallólos y fuese al puerto,  
 volvió á su vida pasada,  
 haciendo mil desatinos  
 sin mirar de Dios la espada  
 de su justicia, que siempre  
 á los malos amenaza.  
 Pasóse á la Estremadura,  
 y corrió toda la Mancha:  
 una noche entró en Toledo,  
 y el convento de Descalzas  
 de la Trinidad bendita  
 robó, llevando la plata,  
 el oro y los ornamentos,  
 que en la sacristía estaban:

mataron al Sacristan  
 porque muchas voces daba.  
 La justicia en este tiempo,  
 que con cuidado rondaba,  
 acudió, pero fue en vano,  
 que en los caballos volaban.  
 Salen en su seguimiento,  
 y en una espesa montaña  
 se ocultaron, hasta que todo  
 el estruendo se acabára.  
 Y así que vino la noche,  
 pasaron á Salamanca,  
 y al Corregidor mataron,  
 é hirieron cinco guardas.  
 Fueron á Cantalapedra,  
 y desde allí á Peñaranda,  
 y por faltarles dinero,  
 entraron en Casablanca,  
 (que es un lugar muy pequeño)  
 un domingo de mañana,  
 que toda la gente dentro  
 de la iglesia en misa estaba,  
 adonde Francisco Diaz  
 á dos de los suyos manda,  
 que á la puerta de la iglesia  
 se pongan, y con las armas  
 no dejen salir á nadie,  
 hasta que les avisára.  
 Robaron todó el lugar,  
 sin que nadie se escapára,

mataron á un pobre viejo,  
 y á dos niños porque estaban  
 en su casa, y no quisieron  
 darles la llave del arca.  
 Y al instante que acabaron,  
 dejan la iglesia cerrada,  
 y á toda la gente dentro,  
 porque no los acosáran.  
 Dieron la vuelta á Trujillo,  
 para que no los halláran,  
 donde estuvieron tres meses,  
 sin que cuidasen de nada.  
 Y el señor Corregidor  
 estando un dia en la plaza  
 escuchando y confiriendo  
 los negocios de importancia  
 con el alcalde mayor,  
 y viendo los que pasaban  
 metidos en sus monteras,  
 con sus coletos y charpas,  
 llamó á Francisco y le dijo,  
 que qué oficio egercitaba,  
 ó en qué se entretenia?  
 Y con una risa falsa  
 respondió con un trabuco,  
 sin hablar una palabra;  
 por el pecho cinco postas  
 al Corregidor encaja.  
 Alborotóse Trujillo,  
 y los vecinos con armas  
 todos salen á la calle,  
 á unos hieren, á otros matan,  
 tocándose prontamente  
 á rebato las campanas.  
 Se armó tan grande refriega  
 que era otra Troya abrasada.  
 Como un leon desatado  
 Francisco Diaz andaba:  
 mataron tres de los suyos,  
 y con tres que le quedaban,

cincuenta y dos muertes hizo,  
 y con cinco puñaladas  
 y un balazo por el muslo,  
 se retiró á una montaña,  
 y asi que vino la noche,  
 en una aldea se amparan.  
 Se curaron de secreto,  
 y asi que sanos estaban,  
 fueron á Sierra-Morena,  
 donde cada dia andaban  
 haciendo mil desatinos,  
 los pasajeros robaban  
 sin dar cuartel á ninguno,  
 porque á todos muerte daban,  
 teniendo en Guadalcanal  
 la casa donde posaban.  
 Un dia que sin dinero  
 Francisco Diaz se hallaba,  
 se arrojó en casa del Cura,  
 y de esta suerte le habla:  
 Padre Cura, usted sabrá,  
 que la venida á su casa  
 no ha sido solo por verlo,  
 que á verlo fuera escusada;  
 sino solo por decirle,  
 que sin replicar palabra,  
 me dé cincuenta doblones,  
 porque es cierto que se hallan  
 tan pobres mis faldriqueras,  
 que andan las pobres pegadas.  
 Se los dió y salióse fuera,  
 y porque la campanada  
 corrió por todo el lugar,  
 se fue á la villa de Zafra.  
 Se acabó todo el dinero  
 en menos de una semana,  
 y asi que falto se vido,  
 ha dicho á sus camaradas:  
 ya el dinero se acabó,  
 y hasta que comer nos falta;

dispongamos esta noche  
 entre todos una traza  
 con que se busque dinero.  
 Y uno de ellos asi habla:  
 de aqui á no mucho distrito  
 está una ermita que llaman  
 la Virgen de Guadetoca,  
 con riqueza soberana,  
 que por sus muchos milagros  
 vienen de tierras estrañas  
 á promesas, y le traen;  
 mucho oro y mucha plata;  
 y en Mayo todos los años,  
 el primer dia de Pascua  
 de Espiritu Santo, hacen  
 feria; donde todos pagan;  
 iremos allá esta noche  
 y robaremos las arcas.  
 Respondió Francisco Diaz,  
 que no hablase mas palabra,  
 que de escuchar sus razones  
 el corazon le temblaba,  
 por haber sido devoto  
 de la Virgen soberana  
 desde su tierna niñez,  
 que tal cosa no intentára.  
 Pero replicaron todos,  
 que el que ya perdido estaba,  
 qué tenia que esperar  
 de Dios y su Madre santa?  
 Y del demonio inducido,  
 con estas locas palabras,  
 les dijo á sus compañeros:  
 no nos dilatemos nada.  
 Montaron en los caballos,  
 y en una espesa montaña  
 recostáronse hasta que  
 la oscura noche llegára;  
 todos quedaron dormidos,  
 que el sueño los avasalla.

O Virgen pura y bendita,  
 María llena de gracia,  
 refugio de pecadores,  
 consuelo de nuestras almas!  
 No permitió esta Señora  
 que su intento egecutára,  
 pues la santísima Virgen  
 con Jesus su Hijo alcanza,  
 que diese á Francisco Diaz  
 un acuerdo: y disfrazada  
 en hábito de pastora,  
 llegó donde ellos estaban;  
 llamó á Francisco y le dijo:  
 levanta al punto, levanta,  
 y deja tus compañeros,  
 y vete á mi santa casa,  
 que está una legua de aqui,  
 que un Sacerdote te aguarda.  
 Confiesa alli tus pecados,  
 porque tu vida se acaba:  
 haz penitencias y ayunos  
 que tus culpas satisfagan,  
 que está enojado mi Hijo,  
 y su rigor te amenaza;  
 yo he sido la intercesora,  
 quien te defiende y te aguarda.  
 Desapareció la Virgen,  
 y Francisco se levanta  
 todo lleno de temor,  
 su bizarría acabada,  
 su valentía deshecha,  
 su braveza mitigada,  
 y su corazon partido  
 de dolor que se le arranca.  
 Dejando á sus compañeros,  
 dejó el caballo y las armas,  
 y por medio de los montes  
 fue siguiendo las pisadas  
 de la santísima Virgen,  
 y asi que llegó á su casa,

vido estar un Religioso  
 que de camino pasaba.  
 Al punto se echó á sus pies,  
 con mas llanto que palabras:  
 confesó generalmente  
 toda su vida inhumana,  
 con tanto arrepentimiento,  
 y lágrimas tan amargas,  
 que al mas duro corazon  
 enternecieran sus ansias.  
 Pegada en tierra la boca,  
 decía aquestas palabras:  
 ó serenísima Virgen,  
 purísima, inmaculada,  
 Madre de Jesus, bien nuestro,  
 paloma pura y sin mancha;  
 Emperatriz de los cielos,  
 de todo el mundo abogada,  
 no mireis mi atrevimiento,  
 ni repareis mi ignorancia;  
 rogad á Jesus bendito,  
 que mire por esta alma,  
 pues que derramó su sangre,  
 solamente por salvarla:

no permita que se pierda,  
 por su pasion sacrosanta.  
 Y acabando estas razones  
 todas sus ropas rasgaba,  
 y buscando un sayal tosco  
 y una imágen soberana  
 de Cristo crucificado,  
 se metió por la montaña,  
 sin que saberse pudiera  
 en un año donde estaba.  
 A veinte y cuatro de Junio,  
 sábado por la mañana,  
 año de mil setecientos  
 y trece, cual se declara,  
 le hallaron en una cueva  
 difunto, dando su cara  
 muestras de su salvacion,  
 por tan hermosa que estaba.  
 Sus compañeros sabiendo  
 todo lo que le pasaba,  
 se acogen á nueva vida,  
 dejando la que llevaban,  
 para poder á su egemplo  
 volar á la eterna patria.

**FIN.**

**VALENCIA.**



*Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24, donde se  
 hallará con otros diferentes; Comedias antiguas y modernas, Sainetes,  
 Coplas, y un gran surtido de papeles sueltos.*